IV

COMIENZO DE LA HISTORIA.—EL PADRE Y LA MADRE DE JUAN

La noche exhalaba desde lo hondo esos murmullos que se hinchan á medida que uno se eleva más sobre el nivel de París. Es una voz profunda y sorda que envuelve el espíritu y mece la meditacion, comparable en ésto á las armonías tristes y casi análogas producidas por las selvas ó por los mares.

Se habia oido durante algunos instantes, al niño Bonifacio y á la anciana Magdalena vagar en derredor de sus lechos ántes de acostarse, pero ya ningun ruido venia del gabinete oscuro; todo dormia en la casa, y el barrio mismo iba bien pronto á dormirse, en tanto que el centro de París, la ciudad del placer, que no se divierte bien sino á los resplandores del gas, enviaba por los cuatro lados del horizonte el estrépito tumultuoso de su eterna fiesta.

Yo estaba emocionado sin saber por qué. Cuando vuelvo mis ojos al pasado, pocos recuerdos hallo tan vivos como el de aquella hora nocturna, en que veia, silencioso y frio en apariencia, la palabra suspendida en los lá-

bios de Juan, como una lágrima que tiembla en el párpado y á veces se seca ántes de trazar su surco bienhechor sobre la mejilla.

¿Qué iba á decirme? Era de esas personas á quienes se cree conocer al cabo de una hora, y que todavía nos asombran despues de muchos años.

—¡Tambien—añadió de pronto, á continuacion de una pausa bastante larga y sacando la conclusion de una serie de pensamientos que no habia expresado—estamos todavía muy léjos de la pobre María, y quién sabe si llegaremos á ella alguna vez! Me he ocupado mucho de este hombre de génio, de Santiago Robusti, que llamamos Tintoreto porque era hijo de un tintorero. Por mi parte le prefiero al Tiziano, su maestro; pero en cuanto á su hija, yo no he hallado jamás en los libros lo que buscaba á propósito de ella. Yo no soy Tintoreto, y mi pobre María... ¡Ah, querida, queridísima criatura!

Hasta estas cuatro últimas palabras habia hablado con un tono tranquilo y casi jovial, que contrastaba con su reciente emocion. Yo estaba ya desconcertado, pero cuando pronunció las palabras "querida, queridísima criatura", su voz se alteró y las lágrimas le saltaban literalmente de los ojos.

Juan no lloraba casi nunca, si bien hacia á menudo llorar á los que escuchaban su palabra llena de artificio, con que ocultaba su enternecimiento. Apretó el crucifijo contra su corazon, y transfigurado como se hallaba, miró al cielo, diciendo por lo bajo con un acento que penetró hasta el fondo de mi alma:

—¡Jesus, dueño mio, corazon de Dios, tened misericordia de ella!

Despues, sin transicion y como si pensara que entre él y yo hubiera habido no se qué acuerdo prévio á propósito de un negocio determinado, continuó:

—Dáme tu palabra de honor de que no has de comenzar hasta que te hayas convertido.

—Comenzar, ¿el qué? le pregunté:

—No ya convertido como tú crees posible convertirte, prosiguió; tú, á quien nada separa de Dios sino las mezquinas cobardías del hombre de mundo y las malhadadas vergüenzas del artista; no ya convertido prudentemente, de una manera moderada, con economía, mesura y decencia, como el caballero que "comulga por Páscua Florida"; sino convertido con exceso, que diria yo si la palabra exceso, empleada aquí, no fuera un contrasentido; convertido de arriba á abajo, anegado en tu conversion, muerto al orgullo, nacido á la penitencia, despreciando lo que has admirado y admirando lo que has desdeñado. Sicambro de á cuarto como eres, convertido hasta el martirio, lo cual no es para tí gran cosa, y convertido tambien, ¡hé aquí el milagro! hasta rezar el rosario de tu buena madre, hasta llevar el cirio en la procesion, erguida la frente y bajos los ojos ante las miradas de sus compañeros de Instituto, ante la compasion reunida de la sociedad de literatos, de la sociedad de autores dramáticos y de la redaccion del *Fígaro*.

Era aquello un cuadro completo y una evocacion. Yo me veia ya con mi vela en la procesion, y veia á todos mis amigos que me miraban consternados. Sentí escalofrío por las espaldas.

—¡Una palabra más, exclamé yo tratando de reirme, y me hago libre-pensador para siempre!

Juan dejó su crucifijo y me cogió la mano, riendo tambien.

—Hé aquí ya lo que hemos adelantado, dijo. Ya has comprendido la incomparable grandeza, el heroismo de ciertos actos ridiculizados por el mundo, puesto que no cejariais seguramente ante el martirio, y sin embargo, el llevar el cirio en la procesion te acobarda. Yo no te he dicho que lleves el cirio en la procesion; lo deseo por tí, lo espero, lo creo, sabiendo que tú no haces las cosas á medias: yo te he dicho simplemente: "Prométeme que no has de comenzar ántes de convertirte."

—Pero, en fin, ¿comenzar qué?

—Una cosa, á la que yo no renuncio sin dolor. Tú has visto mis vacilaciones. Cárlos V era un poderoso emperador, y yo no soy más que un pobre petate; pero desde el más pequeño al más grande, todas las abdicaciones son lo mismo: hacen sufrir. La cosa en cuestion soy yo, ó por lo ménos, la mejor porcion de mí. Si se tratara de decírsela á mis obreros, ó á otros, por mis propios lábios, yo hablaria; pero se trata de escribir, y mi pluma está gastada. Tú eres jóven, y tu pluma tambien. Tú has empleado hasta ahora el mayor ó menor talento que pudieras tener en emborronar mucho papel, pero todavía no has hecho "tu libro." Yo te voy á dar TU LIBRO. ¿Me haces la promesa que te exigia?

—Pero, ¿y si acaso estoy, le dije, á veinte años todavía de convertirme?

—¡Tanto peor para tí! Pero, aunque fuera dentro de veinte años, seria nuevo. Es la historia de una alma, y las almas no tienen edad.

—¿Vas á dictarme?

—No, entónces el libro no seria tuyo.

—Pero yo puedo olvidarlo.

—Tú te acordarás... ¿Me prometes?...

—Te prometo no escribir una sola palabra de lo que vas á decirme ántes de estar convertido.

—¿Públicamente?

—Y resueltamente.

—¿Hasta el rosario?

—¡Hasta el cirio!

Paréceme que debió haber un tanto de burla en mi acento, porque Juan se levantó de exprofeso para darme un estiron de orejas.

—Está bien, dijo volviendo á su paseo; tengo confianza en tí. Y por otra parte, aun cuando quisieras faltar á tu promesa, no podrias; cada sentimiento tiene su lenguaje propio. No basta creer para traducir el pensamiento de uno que vive como cristiano; es necesario vivir como cristiano. Muchas veces te voy diciendo ya esta noche: "Escucha"; te lo repito ahora muy de veras. Empiezo.

Esto se llamará *Las etapas de una conversion*. No discutas el título. Yo te lo explicaré. No darás el libro al público como exclusivamente tuyo; el público, desde la primera palabra, adivinaria, detrás de tí, á otra persona; pero tú reproducirás lealmente nuestros actuales convenios, que te servirán de preámbulo.

Me darás á conocer bajo el nombre de Juan, á secas.

He alimentado por largo tiempo la esperanza y la ambicion de hacer ilustre mi apellido, y no he podido conseguirlo; tú lo dirás.

Dirás tambien que he dado un poco de ruido, ruido vano, en un género de literatura que es el tuyo, que ha tenido su hora y sus hombres, pero que estaba ya en decadencia en mis tiempos. Este género, muy difícil si ha de mantenerse elevado, es muy fácil en la bajeza, y debia llegar á caer en manos de los que no saben ortografía. Ya va, y sobre todo, irá vulgarizándose, embruteciéndose y ensuciándose...

Una mañana, la reputacion que yo habia adquirido en este género me dió vergüenza, porque ví que se parecia un poco á otras reputaciones que me daban lástima.

La dejé, sin estrépito, detrás de una esquina, y me lavé las manos.

Si por casualidad se la encontrara alguno, le ruego encarecidamente que no me la devuelva. Ya no la quiero.

El dia ménos pensado harás tú lo mismo.

Sin embargo, si hubiera podido hubiera vuelto á coger la pluma una vez más, pero hubiera sido para escribir una página verdadera, casi solemne, que me hubiera servido como de testamento.

Este es precisamente el encargo que te dejo, y es mi deseo que mis hijos sepan que en tu libro se tratará de mí.

Tú no conoces á mis hijos. Están léjos. Dios me habia dado la fortuna: Dios me la volvió á quitar. Ninguna otra cosa tengo que dejar á los que amo: quédales al ménos el testimonio de los largos esfuerzos y de la viva ternura que han sido impotentes para asegurarles los bienes de la tierra.

Ellos vieron la luz en una gran casa, en donde nada faltaba sino la prevision. Yo, más afortunado que ellos, habia nacido en una modesta vivienda, en donde á mi madre la costaba gran trabajo disimular la pobreza de su mobiliario con el lujo de su infatigable aseo. Mi padre magistrado eminente, obligado por su posicion gerárquica á ocupar cierto rango en el mundo, no tenia estrictamente para vivir más que los emolumentos de su empleo, y vivia por consiguiente lleno de privaciones.

Acerca de estas cosas guardo recuerdos que me abruman.

Bajo la restauracion, un consejero con su borla encarnada ganaba tres mil desdichados francos al año, y marchaba en las ceremonias delante del receptor general, que sudaba oro por todas las costuras. La sonrisa orgullosa de este funcionario parecia decir á los pobres diablos de los magistrados: "Mi lacayo come más veces que vosotros." En Francia es necesario ser rico por su casa para desempeñar cargos honoríficos: solamente en las encrucijadas de la selva del ministerio de Hacienda es donde los empleados suelen estar contentos con sus gajes, cuando tienen las manos puercas y la conciencia ancha.

El receptor de que hablo costaba á su país tanto como tres generales, tres presidentes y tres obispos. Es verdad que sabia poner su nombre muy legible sobre los papeles reglados.

———

Eramos mucha gente en casa de mi padre, el cual solicitaba los encargos más difíciles con tal de proveer á nuestras necesidades. Era el burro de carga del tribunal, clavado en su oficio desde la mañana á la noche. ¡Cuántas veces he visto á su frente abrasada por la fiebre del trabajo buscar el frio de sus manos temblorosas de fatiga! El alquiler de la casa se iba reuniendo ochavo por ochavo, y todavía estoy viendo la cajita de pino que solia contener un pobre peculio como de un niño, y donsolian quedar solamente tres ó cuatro monedas de á cinco francos á principio de mes. Eramos religiosos en nuestros vestidos, que costaban tan caros...

¡Tan caros de comprar y tan caros de componer en las horas que mi madre tenia que robarle al sueño!

Apenas dormia; y mi padre se levantaba siempre ántes que ella. ¡Ah, yo debia haber sido mucho mejor, porque tuve ante los ojos un espectáculo admirablemente bello en su heróica humildad!

Cuando alguno de nosotros tenia necesidad precisa de una chupa, de un traje, ó siquiera de un par de zapatos, ¡allí de las deliberaciones ocultas celebradas en los rincones! "¿Cómo lo haremos?" Los que no llevan cuenta de sus gastos, ¿saben cuánto pasa de ésto en las familias numerosas? "¡Comed pan!" decia siempre mi madre al ponernos á la mesa; pero ella daba de todo á todos, guardando para sí las piltrafas, y repitiendo hasta la saciedad esta pobre mentira, que no enojaba sin duda al corazon de Dios:

—Lo que es yo tengo un gusto muy raro: me gusta todo lo que los demas no quieren.

Una tarde quedamos no poco sorprendidos: hacia muchos años que no se habia visto cosa parecida: mi padre dejó su mesa de estudio ántes de la hora ordinaria. A las siete, el velon dejó de alumbrar su despacho.

Se acostó, mas no fué por pereza. Su tarea, tan ruda y tan valerosamente desempeñada, habia concluido aquí abajo.

Yo tenia entónces diez años y era el hijo más pequeño. A pesar de la escasez con que luchaban mis padres, que andaba tan cerca de la miseria, nuestro hogar era notablemente alegre. Nos reiamos á cada paso y con muchas ganas. No nos dábamos cuenta, al ménos yo, del esfuerzo supremo que al lado nuestro se hacia por conservar la dignidad del rango y las apariencias. Mi padre se aniquilaba á sabiendas: conocia sus prodigalidades y sacrificaba resueltamente lo que le quedaba de vida sin perder la hermosa y franca sonrisa que vagaba por sus lábios.

Mi madre, tan valiente como él, pero acaso ménos resignada, tenia la misma abnegacion infatigable, con un carácter del todo diferente. En sus penas, se refugiaba tan pronto hácia la tierra, tan pronto hácia el cielo. Era al mismo tiempo jovial y piadosa.

En nuestra casa se sufria, pero no se lloraba. Cuando mi madre se puso el velo de viuda, quise yo casi desconocerla, porque entónces la veia en los ojos las primeras lágrimas.

V

EL PENSAMIENTO DE LA MUERTE

JUAN era de ordinario un orador de accion, que acompañaba cada palabra con el ademan y el gesto más propio, y recorria con ligereza una escala de inflexiones variadísimas. Aun hacia poco, mientras á pretexto de suministrarme asunto para un drama, trataba á la ligera, pero con mucha gracia, la cuestion lamentable y grotesca del desmenuzamiento doctrinal sufrido por las diversas comuniones protestantes, admiraba yo la vivacidad de su gesto y la propiedad singular de sus entonaciones.

Pero ahora hablaba casi en voz baja, y sus manos, inmóviles, permanecian cruzadas sobre sus rodillas.

—Aquella tarde, continuó, en que mi padre se acostaba ántes de la hora ordinaria por la primera vez desde que yo tenia uso de razon, nadie se alarmó por el pronto, porque habia pasado en vela la noche anterior al lado de mi madre, con Cárlos, nuestro hermano mayor, y con nuestras dos hermanas Luisa y Ana. Mi madre sufria crísis muy dolorosas, pero que no dejaban otra huella que una irresistible necesidad de sueño.